

les y grises, el cual tiene poca estima y no se emplea sino para los sepulcros de los turcos y armenios. Este mármol ha dado su nombre á la isla que lo produce.

La isla de Rodas es un ejemplo bastante vivo de las vicisitudes del tiempo y de las revoluciones políticas. Es la mas oriental de las Cícladas, y presenta colinas en forma de anfiteatro, y cortadas por otra montaña, siendo su longitud de cerca de 80 kilómetros y su latitud de 48. Sus primeros habitantes habian salido de Creta, construyendo una ciudad en la punta de un promontorio que sobresale al Oriente, y que es el mismo sitio donde se encuentra hoy la población moderna. El terreno es muy pendiente; pero tan hábil fué el arquitecto, que sacando ventaja de aquel inconveniente, ha hecho unas calles sumamente bellas y agradables: dice Diodoro de Sicilia, que como Rodas venia á ser un anfiteatro, todas las miradas de sus hijos se fijaban instantáneamente en las embarcaciones, en el estruendo de las armas, lo cual les hacia concebir una alta idea de su poderío. Estrabon dijo: «La belleza de sus puertos, de sus calles, la magnificencia de sus monumentos la distinguen tanto de otras ciudades, que no hay otra alguna que pueda compararse con ella.» Añadamos á esta descripción los soberbios templos, cuyos pórticos se hallaban enriquecidos con cuadros de los mas grandes pintores, una multitud de columnas y estatuas de maravilloso mérito, un magnifico teatro, arsenales estensos, flotas que llegaban de todas partes del mundo, pagando á las artes el tributo que las riquezas les debian; y agreguemos, en fin, á todo esto que alli se alentaba un pueblo libre, animoso, sabio, afortunado, y aprendiremos á formar idea de la mas hermosa ciudad del universo.

Ya nos guardaremos bien de olvidar el estupendo coloso de Rodas, que representaba á Apolo, soberbia estatua, tenida por una de las siete maravillas del mundo, y que se debió á un discípulo del célebre Lisipo. Escuchemos sobre este propósito á Plinio: «Este coloso tenia 60 codos de alto, (ó lo que es lo mismo cerca de 35 metros), un temblor de tierra lo derribó 56 años despues de su colocacion. En tal estado, aun parece una maravilla; pocos hombres pueden abrazar su dedo pulgar, que es mayor que casi todas las estatuas. Sus estropeados miembros dejan percibir en lo interior cavidades profundas, llenas de enormes piedras, que puso alli el artista para afirmarlo sobre su base. Dicen que aquel empleó 12 años en su obra, y que costó 300 talentos, cantidad que los de Rodas sacaron de las máquinas de guerra que Demetrio dejó abandonadas en los muros de la ciudad al levantar el sitio. Aunque ciertamente menos grandes, se ven en Rodas otros cien colosos, de bastante mérito para que cualquiera de ellos hiciese notable la plaza en que se colocara.» Algunos historiadores modernos, poco satisfechos de esta descripción que admira, aumentaron algunas pinceladas maravillosas para hacer mas interesante la relacion, y fué la principal el fingir que el coloso posaba sus pies sobre dos rocas situadas á la entrada del puerto, y que los navios de mayor porte pasaban á toda vela por entre sus piernas. Semejante cuento ha sido fielmente trasladado por multitud de escritores que no se han tomado la pena de examinar su verosimilitud, y no han echado de ver que la antigüedad no dice una palabra digna de mencion y referencia.

Nosotros vemos por el contrario que los restos del

coloso estuvieron esparcidos por la tierra, y no en el mar, como tendria que suceder si aquella historia fuese cierta. Sus restos permanecieron en la ribera por espacio de 900 años, hasta que un judío en 692 los compró é hizo conducir á Emeso, llevando cargados 900 camellos.

Pero todo ha cambiado de una manera espantosa. La ambicion de los romanos, el fanatismo de los árabes y los temblores de tierra han devastado completamente la isla de Rodas. El despotismo de los turcos, sucesor de estas calamidades no ha causado en ella males menos funestos: monumentos, ciencias, artes, todo terminó por desaparecer absolutamente. La ciudad moderna, edificada sobre la antigua, apenas ocupa la cuarta parte de estension, y no ofrece á la vista sino vestigios de su esplendor pasado. A las calles largas y simétricas, á los edificios perfectamente alineados, han sucedido vias estrechas y tortuosas, casas sin gusto, sin orden, sin belleza. Rodas no tiene mas que dos puertos; pero los turcos, que desde su conquista no han sacado de ellos ni un grano de arena, los dejan entorpecer y obstruir paulatinamente. El bajá es el gobernador de la isla, en la cual no emplea su poder absoluto mas que para hacerla padecer y tiranizarla. Los griegos y los judíos tienen un intendente que cuida de sus intereses.

El suelo de Rodas es seco y arenoso; pero los manantiales numerosos que de él brotan, hacen aquella tierra fértil y abundante. El trigo es hermoso, y si se cultivara en los puntos que lo producen, los naturales tendrian mucho mas de lo que les fuese necesario; pero los turcos no son agricultores, y los griegos, oprimidos con gavelas, y temerosos de no poseer el fruto de sus trabajos, dejan convertirse en eriales campos hermosísimos. Por lo demas la isla de Rodas encierra aun muchos pueblos considerables, y otra ciudad llamada Lindo, edificada tambien sobre las ruinas de la antigua ciudad del propio nombre.

En medio de la isla se eleva una montaña llamada Artemira; en cuya cima hay una capilla á donde los griegos concurren en peregrinacion. Para ganar esta altura es preciso emplear cuatro horas de una marcha trabajosa; pero que está recompensada luego con el goce de uno de los mas soberbios puntos de vista del universo. En la mayor parte de la isla, la costa se inclina y prolonga en insensible y blanda pendiente hacia las aguas, y algunos de sus ribazos dan todavía vino perfumado que tanto codiciaban los antiguos; cuánto no se haria cultivando estas colinas, y sembrando una grande estension de aquella privilegiada isla!

Cuando se recorre este desgraciado pais, se encuentran con sentimiento profundo terrenos hermosísimos sin una casa de campo, sin una cabaña siquiera, sin huella ninguna de cultivo. La higuera, el limonero y el naranjo crecen alli espontáneamente y prestan al caminante una sombra encantadora. La cima de las montañas está cubierta de antiquísimos pinos, que los griegos se ven obligados á cortar y conducir á uno de los puertos de Rodas para la construccion de caravelas y otros barcos del gran señor. De aqui es de donde salen la mayor parte de los buques que constituyen la fuerza marítima otomana.

Otra de las ciudades es Casso, llamada en lo antiguo Casos. Como está desprovista de fuertes, los turcos no se atreven á habitarla por temor á los corsarios, lo que es una felicidad para los griegos alli establecidos,

pues disfrutaban con tal motivo de mas holgura y libertad. La descripción que Savary hace de esta pequeña isla es tan interesante que merece reproducirse aquí en parte. Habiendo encontrado á Savary en la ribera uno de los principales isleños, le llevó á su casa, la cual, sin ser lujosa, anunciaba comodidad y desahogo. «Habiéndome hecho sentar en un punto mas elevado que él, dice aquel autor, mientras preparaban el almuerzo, al poco rato aparecieron su muger é hijas trayendo en las manos huevos frescos, higos y otras frutas del país. Al tiempo que almorzábamos con buen apetito, y que mi anfitrión me llenaba de excelente vino un gran vaso, llegaron muchas mugeres á visitarlo, y se sentaron sin ceremonia alrededor de la mesa. Terminado el desayuno, pasó la copa de mano en mano, difundiendo la alegría por todos los convidados, y un momento despues hirió nuestros oidos el son de un instrumento.

» Unas veinte muchachas con trage blanco, vapo-

¿En dónde se encuentra el rico y voluptuoso pueblo que moraba en la deliciosa Chipre? ¿Dónde están los templos de Venus? No se ven mas que griegos miserables, judíos y algunos armenios, á quien los gobernadores arrebatan lo que la naturaleza quiere concederles. Preguntamos por Amathonte y se nos enseñó un triste lugarcillo, lleno de ruinas y escombros, que se llama Limasol. En vano buscamos la risueña Idalia. La naturaleza, sin embargo, á despecho de los hombres, no ha dejado de prodigar sus riquezas y gallardía en este afortunado clima; el suelo, aunque montuoso, es admirablemente fértil y produce buen trigo, frutas esquisitas y deliciosos vinos. La isla no tiene rios; pero brotan por todas partes manantiales, y sus numerosos arroyos la hacen mas fecundante. Al aspecto de tales ventajas naturales el viagero no duda en dar crédito á las descripciones que nos ha dejado la antigüedad de la ventura y de la vida voluptuosa de Chipre.

Chipre se halla situada á 35 kilómetros de las cos-



Egipcia y sirio.

roso, y con los cabellos trenzados, entraron en el aposento y presentaron un jóven que pulsaba la lira y cantaba á su compás. Invitáronme á bailar, y yo no esperé que se me rogase. Formamos un círculo que era singular por la manera con que estaba trazado. El danzante no da las manos á las dos personas que se hallan junto á él, sino á las dos siguientes, de manera que se quedan los brazos cruzados por delante y por detrás de los adláteres, que se hallan enlazadas en los anillos de una doble cadena. En medio de la tanda se veia al músico cantando y tocando á la par.

«Al día siguiente recorrí la poblacion, que se compone de unas cien casas, bien construidas. Habiendo entrado en algunas, me encontré á las mugeres ocupadas en hilar y bordar.

» Pero deseando conocer la isla, partí del pueblo y dirigí mi camino hácia la mas alta montaña, á la cual llegué despues de una hora de marcha. Sobre la altura en que yo me hallaba situado habia una capilla, rodeada de varias figuras, y de aquel punto se desarrollaba una cadena de colinas que, abriéndose en semicírculo, dejaban en medio una esplanada de una legua de estension. La pendiente de los ribazos está cubierta de viñedos que producen un vino agradable.»

tas de Siria y la Palestina á una longitud de 220, sobre una latitud de 150. En toda esta estension no hay mas que 20,000 habitantes. Nicosia, la capital, es donde reside el gobernador general, que tiene bajo sus órdenes otros gobernadores particulares. Larnaca, Limasol y Baffa, son los principales pueblos de la isla, que mas bien parecen arrabales muy poblados, y que tienen puertos, donde hacen algun comercio con las producciones indígenas.

La isla de Chipre fué conquistada en 1190 por Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, y cedida despues á la casa de Lusignan, que acababa de perder el trono de Jerusalem. Durante 240 años fué regida por los reyes de esta familia, ocupada despues por la república de Venecia, á quien los turcos la arrebataron por último en 1571. Los derechos sobre los reinos de Chipre y de Jerusalem han pasado á la casa real de Cerdeña, por el enlace de un duque de Saboya con la heredera de la casa de Lusignan.

Despues de la destruccion de las colonias cristianas de la Palestina la isla de Rodas fué la residencia de los caballeros de San Juan de Jerusalem hasta 1523, época en que la conquistó Soliman. Aunque á tanta distancia hoy de lo que fué en la antigüedad, y aun

en la edad media, todavía tiene alguna importancia por las fortificaciones y arsenales de construcción que posee, y por las amplias franquicias que el sultan actual le ha otorgado. Rodas esporta, entre otros géneros, gran cantidad de palo de rosa.

El viajero encuentra aun hoy en las otras islas pertenecientes á la Puerta recuerdos históricos y mitológicos. Baffa, que fué Pafos, es notable por las ruinas de un templo de Venus, de gran magnificencia, como tambien por sus grutas sepulcrales. En todas las demás un templo, una tumba, una ruina cualquiera vienen á recordarnos un nombre esclarecido por la historia, ó poetizado por la mitología.

SIRIA.

El Mediodía de la Siria, es decir, allí donde el Jordán corre con mayor poderío, es un país de volcanes. Los manantiales bituminosos y sulfúreos del lago Asfáltito, la piedra pómez y los baños calientes prueban que aquel terreno ha alimentado un fuego tal vez no estinguido todavía. Los temblores de tierra se hacen aquí sentir con frecuencia y generalidad. La Siria divide con el Egipto, la Persia y casi toda la parte meridional del Asia, otro azote no menos temible; los nublados de langostas, de que los viajeros hablan, y á los que se hace referencia igualmente en los libros de Moisés. La cantidad en que estos insectos aparecen es una cosa increíble para el que no haya tenido ocasión de verla por sí mismo; baste decir que la tierra se cubre de ellos en un espacio de muchos kilómetros, que de muy lejos se oye el ruido que hacen, y que al brotar los árboles y las yerbas se ven caer sobre ellas como un ejército sobre una ciudad. Diríase que el fuego sigue sus huellas, pues allí por donde pasan la verdura desaparece del campo como una cortina que se pliega. Cuando semejantes nubes de langostas emprenden su vuelo para vencer algun obstáculo ó atravesar un suelo desierto, puede decirse, sin exajeración alguna, que el cielo se oscurece y la luz se oculta. Afortunadamente es raro que esta plaga arrastre detrás de sí el hambre y las enfermedades, pues cuando las langostas aparecen en las fronteras de un país cultivado, sus habitantes oponen á su camino torrentes de humo, fosos donde se ahogan muchas; el pájaro llamado sumat-mar, que se parece bastante á la oropéndola, y que en bandadas numerosas las persigue, no solamente se las come, sino que mata cuantas puede, razón por la cual este pájaro es tan respetado en aquel país. Cuando soplan los vientos del Sur y del Sudeste, el sumat-mar arroja violentamente nublados de langostas al Mediterráneo, donde se ahogan en tanto número, que cuando el agua arroja sus cadáveres á la playa, se infesta el aire por espacio de algunos días y hasta una buena distancia.

Pocos países habrá tan pintorescamente poblados, y donde los objetos estén en mejor armonía. El traje largo y flotante de sus moradores, la variedad de colores alegres de sus vestidos, la marcha grave de los camellos en las grandes esplanadas, ó la precaución con que siguen el desfiladero de una montaña al borde de dos precipicios, todo se halla completamente de acuerdo con el carácter del lugar de la escena. La vista de los pueblecillos turcos, de donde se destacan los cipreses y los minaretes, contribuye á dar al espectáculo una variedad que hace olvidar por algunos momentos las ruinas que cercan aquellos sitios.

Los campos están llenos de fuentes, que una piedad bienhechora ha construido y colocado á la distancia conveniente para que el viajero no se ahogue por la sed, en las vastas y desiertas esplanadas que tiene que atravesar. No necesitan estas fuentes que su construcción sea elegante para que interesen, sobre todo cuando están sombreadas por algunos plátanos, y se observa á la hora del medio día al devoto musulmán, después de su ablución, prosternarse sobre la alfombra que lleva consigo para dirigir á Dios la plegaria prescrita por el Profeta. Es costumbre, para comodidad de los viajeros, colocar en dichas fuentes ó pozos un pequeño barquito que llaman *mocots*.

La sangre obedece aquí las mismas leyes que en el Mediodía de Europa, y se observan las diferencias que resultan de la naturaleza del clima, con arreglo á la cual los habitantes de las llanuras del Mediodía son más curtidos que los del Norte, y estos mucho más que los de las montañas. En el Líbano y en el país de los drusos el tinte no difiere casi nada del de las provincias de España. Las mugeres de Damasco y Trípoli tienen vanidad por la blancura de su tez y la regularidad de sus facciones. Los sirios, en general, son de mediana estatura. El idioma común de la Siria es el árabe, aunque los dialectos difieren bastante y varían en cada lado. El siríaco es un idioma muerto, que raras personas poseen, y en cuanto al turco es hablado en este país por la gente del foro y de guerra. La lengua franca, usual en el comercio, la cual se halla extendida por todo Levante, es un italiano, corrompido con muchas palabras que pertenecen á otros idiomas.

La población de la Siria es en general musulmana y cristiana, diferencia religiosa que tiene efectos fatales en el orden civil, pues los partidarios del Evangelio y del Corán se tachan mútua y frecuentemente de infieles, rebeldes, impíos, y se profesan una aversión que mantiene entre ellos una guerra encarnizada y perpétua. Está prohibida á los cristianos toda demostración religiosa ostensible, todo culto público, y ninguno puede herir ó maltratar á un musulmán sin peligro de la vida, á diferencia de los musulmanes, que pueden matar á los cristianos sin otra pena que un rescate metálico. Los cristianos no pueden montar á caballo en las ciudades, ni llevar pantuflas amarillas, ni chales blancos, ni objeto alguno de color verde, y cuando viajan están sujetos á una porción de gavelas y portazgos que no comprenden á los turcos. En el foro el juramento de dos cristianos se cuenta por uno solo, y es tal la parcialidad de los jueces, que es casi imposible que ninguno llegue á tener razón nunca.

Las clases en la Siria se reducen á cuatro ó cinco, que son: la de los labradores ó campesinos, los artesanos, los mercaderes, los militares, y las personas dedicadas al foro. Existe un solo impuesto, denominated *mirá*, el cual no puede aumentarse ni disminuirse, aunque por los abusos consiguientes á aquella organización social, los bajos y los agentes hallan medios siempre de hacerlo más gravoso, pues no atreviéndose á violar abiertamente la ley establecida sobre la invariabilidad de dicho impuesto, han introducido otros que no tienen el nombre, pero que producen los mismos efectos, y que pesan principalmente sobre la clase agricultora. También aflige á los labradores la conducta de los árabes beduinos, que á título de enemigos los saquean sin piedad, llegando á hacer esta circunstancia tan lamentable la condición de aquellos, que apenas pueden tener lo indispensable para la labranza.

Esta se efectúa con asnos y vacas, y en los cantones abiertos á los árabes hay que llevarla á cabo con el fusil en la mano. Apenas el trigo empieza á blanquear hay que segarlos para esconderlo en subterráneos, y no se siembra nunca sino lo absolutamente necesario para el sustentó. En una palabra, no hay industria allí que no tenga que limitarse á la satisfaccion de las primeras necesidades.

En las ciudades, aun en las mas bullentes, como Damasco, todas las distracciones se reducen á ir al baño, ó á reunirse en los cafés, que únicamente en el nombre se parecen á los nuestros. En ellos se pasa á veces una mañana entera, envueltos en el espeso humo que llena las salas, sin hacer otra cosa que fumar en largas pipas, ó hablar de cualquier asunto en frases cortas y breves, siendo lo mas comun el guardar un silencio profundo. Esta monotonía suele interrumpirse á veces por la entrada de un cantor ó danzante, ó por la narracion de algun contador de historias denominado por ellos *nachid*, y que es escuchado con sin igual atencion, pues grandes y pequeños manifiestan una pasion decidida por tales narradores. Un viagero que llega de Europa no puede menos de sorprenderse al ver los marineros, concluida la maniobra, reunirse sobre cubierta para escuchar atentamente aquellos cuentos. El populacho de las ciudades, aunque quisquilloso, no es tan brutal como suele entre nosotros, pues tienen el mérito de la sobriedad y de no estar impregnados de una porcion de hábitos fatales, que se advierten en nuestras masas, ventaja, segun algunos, debida á la legislacion de Mahoma.

La Siria confina con el Asia Menor, estendiéndose á lo largo del Mediterráneo hasta los desiertos de la Arabia, y apoyándose al Este en la Mesopotamia que le sirve de límite.

No son únicamente aqui las ruinas de palacios asirios y persas, las huellas de edificios romanos ó griegos, las señales que presentan, como en el Asia Menor, el espectáculo de un gran pueblo destruido. Cuanto la historia humana ha conocido de grande y digno de mencion está relacionado de alguna manera con la de Siria. En ella encontró Abraham la tierra prometida; en ella Salomon, aliándose con los fenicios, arrebató el comercio del mundo; en ella dejarom impresas sus huellas, y á ella fueron á buscar sus riquezas cuantos guerreros poderosos han producido Asia y Europa. En ella nació y murió Cristo; en ella derramaron su sangre millones de cruzados para arrancar á los infieles el sepulcro vacío del Dios-hombre.

Las ciudades de Siria que ofrecen principalmente atractivo á los viajeros, son Alepo, Trípoli, Acre, Damasco y Jerusalem, respecto de las cuales vamos á despertar algunos recuerdos.

Alepo, situada sobre varias alturas que baña el Koik, fué una ciudad fuerte, hermosa y digna de rivalizar con Constantinopla y el Cairo hasta el temblor de tierra de 1822 que la sepultó en ruinas. A pesar de esto continúa siendo importante por su comercio, pues mientras que la gran caravana de Bagdad y de Basora le lleva producciones del Indostan ó de la Persia, ella recibe de Latakia y Alejandria las de Europa y América. Los negocios frecuentemente se hacen por cambios, y los bazares están colocados en calles largas y estrechas con arcos. El café, los dulces y las frutas son escelentes.

Antes de su ruina, Alepo ofrecia un aspecto imponente por sus cúpulas y minaretes: las casas tienen

un piso bajo y otro superior, con una galería, y los techos son rasos, encalados de yeso. La mayor parte de la gente coloca sus camas en dicha galería para huir del calor de los aposentos. Para que pueda haber comunicacion de unas casas á otras se hacen aberturas en las galerías, y es costumbre en esta ciudad el grabar sobre las puertas de la casa pasages del Coran ó de algun poeta famoso entre los turcos.

Alepo está muy poblada, y sus habitantes se distinguen por cierta cultura en el lenguaje, desconocida en el resto de la Siria. No se usan carruages de ninguna especie, aunque las personas de calidad montan á caballo, y van precedidas de mayor ó menor número de criados que forman su comitiva.

A una media legua de Alepo sobre una eminencia, hay una hermosa mezquita rodeada de cipreses, y de un edificio bastante grande que es un convento de dervises, ó monges musulmanes que practican la austeridad y la penitencia bajo reglas mas ó menos estrechas. De estos la mayor parte se dejan crecer la barba y los bigotes, y muchos llevan hasta el cabello largo en memoria de lo que practicaron el mismo Profeta y sus discípulos. No consiste la devocion de los dervises en la sola práctica de rezos y oraciones comunes á todos, pues los mas celosos se entregan á actos de mortificación y fatiga, encerrándose en sus celdas por espacio de muchas horas; otros se llevan un dia entero pronunciando el nombre de Allah, y procuran de noche colocarse en una posicion muy incómoda, para que el sueño no les rinda. Tambien hay, y estos sin duda son los mas racionales, algunos que procuran ser útiles á la humanidad, consagrándose al cuidado de los enfermos y al socorro de los pobres. Otros por último se echan á cuestras una carga de agua, y recorriendo con ella las calles gritando *Fysebil Allah*, que quiere decir, sendero de Dios, la distribuyen á todo el que la quiere sin exigir cosa alguna.

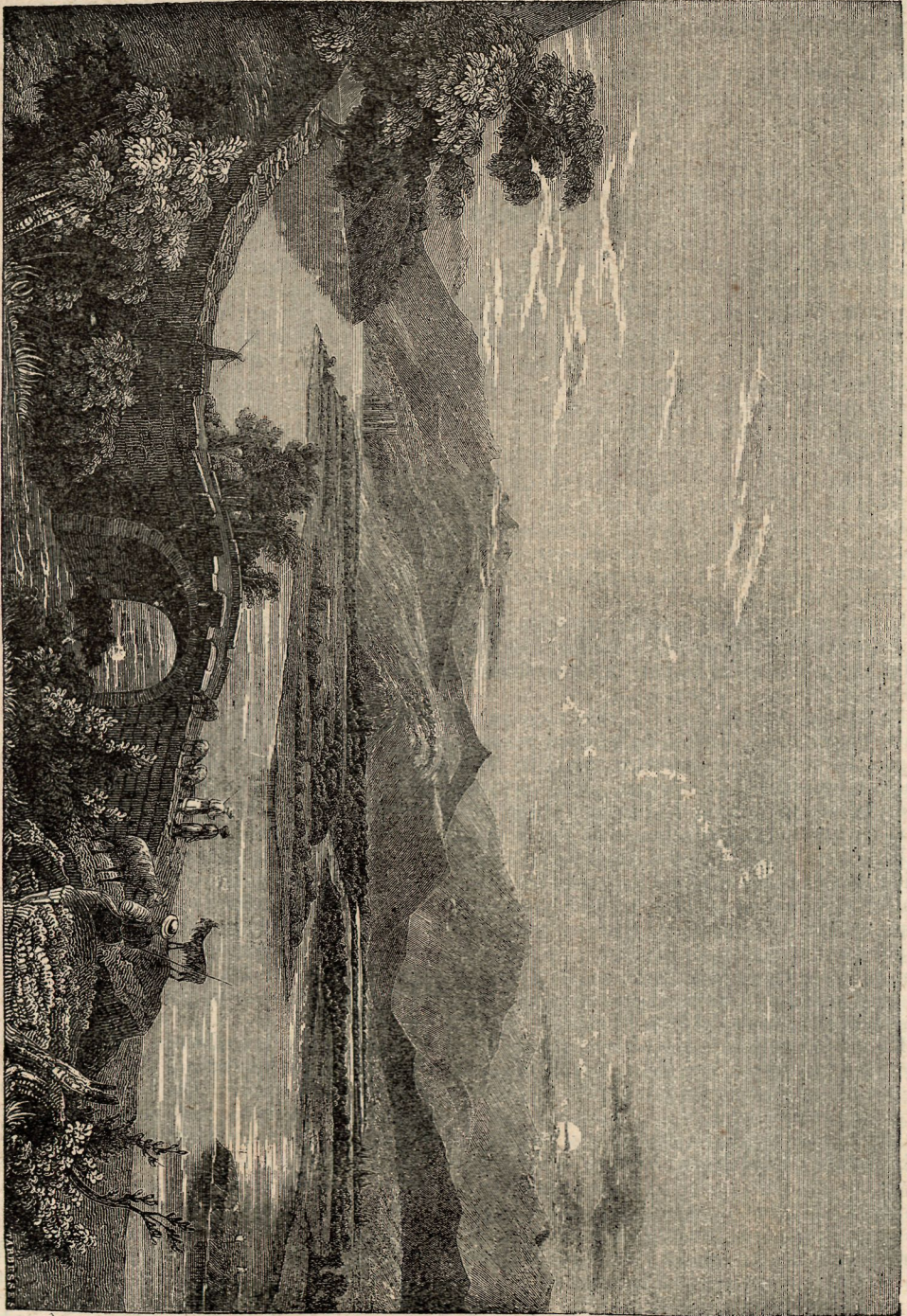
Las sociedades anacoretas se hallan esparcidas por toda tierra de musulmanes, cada convento contiene veinte, treinta ó cuarenta bajo la autoridad de un cheik, y están mantenidos por la caridad pública.

El bajalato de Alepo corresponde á la Chalcidia, Seleucia y Antioquia, de la alta Siria de los romanos. El de Trípoli encierra el Norte de la Fenicia, el de Acre representa la Fenicia antigua y la Galilea, y Damasco por fin comprende á Palmira, Siria Oriental y la Palestina, excepto Galilea. Estas son las cuatro provincias administrativas en que hoy se encuentra dividida la Siria.

Casi junto á la confluencia del Oronte con el Afrin, hay una ciudad de ocho á diez mil almas que tiene por nombre Antakieh. ¿Quién reconoceria en esta poblacion á la destruida Antioquia tan floreciente, cuando San Pedro antes de marchar á Roma, dejó establecida en ella la silla de un obispado; Antioquia, residencia de los reyes de Seleucia, mansion de tantos emperadores romanos, y que contaba por lo menos sesenta ó setenta mil habitantes?

La pequeña Alejandria ó Escanderon, al norte de Antioquia en la estremidad del Mediterráneo, es por decirlo asi el puerto de Alepo. Está construida sobre tierra de Alejandria, y tiene en sus alrededores restos admirables de la antigüedad. Echaremos una rápida ojeada por las riberas del Oronte para ver á Famieh, en otro tiempo Apamea, donde los reyes de la Siria mantenian quinientos elefantes, y su principal criadero caballar.

¡Qué magnífico espectáculo es el que presenta el río Oronte, el cual corre magestuosamente al través de los bosques de mirtos, de pinos y de laureles! Dejando Oronte; á la izquierda se eleva una montaña, llamada la Columna, en la cima de la cual se aperciben los vestigios de una suntuosa iglesia y de un antiguo conven-



Valle del Oronte.

las inmensas rocas de Suadeah, se llega al pie del monte Amano de donde nace el riachuelo que une su onda apacible á las mas encrespadas y espumosas del to dedicado á San Simon Estilitas, hijo de un pastor y pastor él tambien hasta la edad de trece años. La vida de San Simon trascurió en medio de las montañas que

confinan con el Oronté, y en las encrucijadas de las rocas, donde hacia penitencia ayunando semanas enteras. rebaños bajo la custodia de jóvenes pastores, que sentados en las márgenes, ó bajo el espeso follaje de los laureles, gozan todos los días de un espectáculo que



Cedros del monte Libano.

El valle de Oronté tiene una estremada belleza, y sin la escesiva pereza de los orientales, el suelo, hoy podrian disputarle los bosques del valle de las Tempestades, ó los famosos campos de la poética Arcadia;



Maronita del monte Libano.

desprovisto de cultura, llegaría á ser tan productivo por todos lados aparecen las vistas mas deliciosas y como en los tiempos antiguos. Por todas partes se ven el mas gracioso aspecto, donde se confunden el agua,